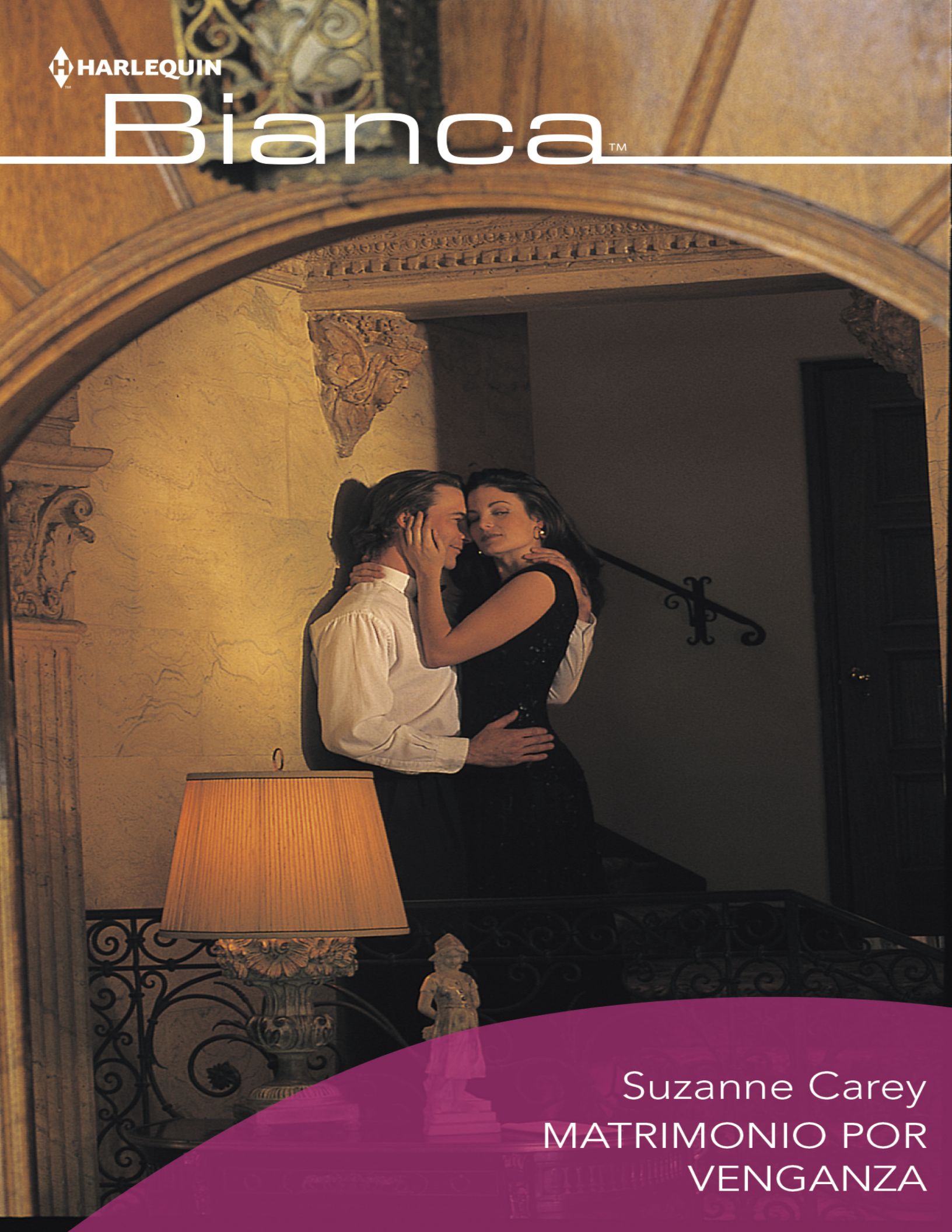


 HARLEQUIN

BiancaTM



Suzanne Carey
MATRIMONIO POR
VENGANZA

_____Bianca_____™

MATRIMONIO POR VENGANZA

Suzanne Carey



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1998 Verna Carey
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Matrimonio por venganza, n.º 1002 - julio 2021
Título original: Sweet Bride of Revenge
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-870-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

TOMA, lee esto... Este es el tipo con el que tendremos que enfrentarnos -dijo Stephanie Braet con un tono más enfático que el habitual, a la vez que arrojaba una copia de la revista *Worldview* al regazo de su hermana Nora.

Darien, la mayor de las tres, las miró por encima del borde de su taza de café con el ceño fruncido.

Al margen de su enfoque prioritariamente internacional, *Worldview* era una copia exacta del *Time* y el *Newsweek* y era conocida por los retratos de los líderes mundiales y principales hombres de negocios del mundo entero que daba a conocer en sus páginas. El ejemplar que Stephanie le había tendido a Nora había salido hacía un mes aproximadamente y en él aparecía un artículo sobre un auténtico lince del mundo de los negocios, Nels S. Amundsen, el hombre con el que tendrían que enfrentarse si querían salvar la cadena de grandes almacenes de la familia por el bien de la salud de su tía Maggie.

Nora sabía de la existencia de aquel hombre gracias a una distante relación familiar incluso antes de que hubiera empezado a presionar para hacerse con el control de Braet & Company, aunque no lo había conocido personalmente. La joven se apartó un mechón de pelo de la cara con aire ausente, cruzó aquellas piernas largas y perfectas que la habían convertido en una estrella de las pasarelas de Nueva York y observó la foto que acompañaba el texto.

Nels Amundsen era un hombre de aspecto duro. Tenía el pelo oscuro y abundante, y lo llevaba pulcramente cortado, con un estilo muy moderno. Todas sus facciones eran perfectamente occidentales, sólo en la forma de sus enigmáticos ojos grises se reflejaba su herencia asiática.

Una sonrisa asomaba a la comisura de sus labios, dotándole al mismo tiempo de una atractiva sensualidad y una determinación inflexible. Era evidente que era un hombre que sabía lo que quería y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Y aquel era el hombre que se había propuesto quedarse con Braet & Company haciéndose con una gran parte de las acciones de la empresa. Era irónico que fueran parientes, se dijo Nora... primos lejanos, si no se había equivocado a la hora de establecer el parentesco.

Nora pensaba que la decisión de Amundsen quizá estuviera motivada por aquel vínculo familiar. Sin duda, la negativa de los descendientes americanos de su abuelo, Jerrold Braet, que era a su vez bisabuelo de ella, a relacionarse con la abuela japonesa de Amundsen y con su madre, lo habían convertido en un hombre resentido.

¿Pero qué esperaba Amundsen?, se preguntó a sí misma. Tenía que darse cuenta de que el escándalo del divorcio de Jerrold para casarse con una amante japonesa a la que había dejado embarazada no era fácil de olvidar. Además, por lo que a los miembros de su generación se refería, no había habido ninguna intención de participar en aquel rechazo. Habían pasado casi cincuenta y seis años desde entonces. Estaban demasiado alejados de lo ocurrido para desairar a nadie intencionadamente.

Nora apartó la mirada de la foto de Amundsen y comenzó a leer el artículo, intentando encontrar alguna grieta en la armadura de aquel hombre aparentemente invencible. No pudo encontrar ninguna. A no ser que considerara una debilidad su relación con los Braet y el hecho de que hubiera sido educado en Japón como una especie de paria,

a pesar de la riqueza e importancia social que había llegado a alcanzar su padre. El artículo decía:

Su verdadero nombre es japonés, Seiji, pero sólo lo utiliza para firmar documentos oficiales. Se le conoce también como el Halcón, algunos dicen que por el férreo control que ejerce sobre sus muchas empresas, pese a que nadie niega que ha sabido estimular la creatividad la libertad y la confianza de sus subordinados.

Probablemente su apodo también se refiera a su afición a la cría de halcones en la finca que posee en Japón. Su intransigencia en el mundo de los negocios encaja perfectamente con esa afición y sus connotaciones depredadoras. Cualquiera de sus rivales podría confirmar que no es nada fácil disuadir a Amundsen cuando se propone algo. Es un hombre tenaz e increíblemente persistente...

El famoso redactor de *Worldview*, conocido por sus frecuentes apariciones en televisión, continuaba describiendo sus éxitos internacionales.

Viajero incansable con intereses financieros en todo el planeta, Seiji Amundsen es descendiente de daneses, noruegos, japoneses, americanos y europeos. Es un auténtico ciudadano del mundo, pero fue educado principalmente en Kyoto, por su madre, hija de americano y japonesa, y su difunto padre, el magnate Peter Amundsen.

Este último, hizo de Japón su verdadera patria después de casarse con Aiko Braet, hija de Yukiko Kurosawa, una joven japonesa de buena familia, y Jerrold Braet, que en 1923 fundó la cadena de grandes almacenes que su nieto está intentando adquirir. Yukiko y Jerrold se conocieron cuando éste último, que entonces tenía cincuenta y siete años, fue capturado en Japón en el momento en el que estalló la Segunda Guerra Mundial. Braet se divorció de su

esposa para casarse con Kurosawa, que entonces tenía sólo veintidós años y a la que había dejado embarazada.

Nora no podía aprobar la conducta de Jerrold. Para ella el matrimonio era sagrado. No admitía la infidelidad en ninguna circunstancia. Y se imaginaba que su abuela, Katherine, debía de haber sufrido mucho con la conducta de Jerrold.

Aun así, no veía ninguna razón para que los Braet continuaran rechazando a Aiko y a su hijo. Sacudió la cabeza con pesar y continuó leyendo.

En Japón estudió hasta lo que aquí equivaldría el final del bachillerato. A continuación estudió en Inglaterra, Dinamarca y Estados Unidos. En Harvard consiguió el doctorado en dirección de empresas. Se dice que, aunque puede llegar a ser un hombre amable y cariñoso, su corazón parece haberse endurecido tras haber sido educado como un ainoko, medio japonés y medio extranjero. Entre los japoneses, no es un término en absoluto halagador. Pese a ser un hombre rico y poderoso, Amundsen no pertenece a ningún lugar...

A pesar de la firme oposición de Nora a los planes de Amundsen, no pudo evitar que despertara en ella cierta compasión hacia la soledad de aquel hombre, compasión incrementada por la instintiva atracción hacia él que había nacido en el preciso momento en el que había visto su fotografía. Se preguntaba lo que se sentiría entre sus fuertes brazos, al sentir su boca acariciando la suya.

Inmediatamente se regañó. No estaba en condiciones de sentir ningún tipo de compasión hacia ese hombre. Y mucho menos de dejarse fascinar por él. Considerando lo que estaba intentando hacer con la empresa y con tía Maggie, el único sentimiento aceptable era el de una oposición inquebrantable.

El hecho de que Braet & Company estuviera a punto de cambiar de manos no era culpa de Seiji Amundsen, por supuesto. Durante algunos años, la cadena perteneciente a la familia Braet había tenido problemas financieros. Durante los ochenta, se habían endeudado intentando expandir el negocio, y una inesperada caída de las ventas les había obligado a invertir todos los beneficios obtenidos en el pago de los intereses de la deuda.

Y durante todo ese tiempo, Maggie Braet, una mujer de cincuenta y tres años, había estado luchando para restablecer la solvencia de la compañía. En medio de esa dura batalla, había sido atrapada por el cáncer y, al igual que Stephanie y Darien, Nora pensaba que si Maggie perdía la empresa, también dejaría de luchar por su salud.

¡Y no podían permitir que eso sucediera!

Con un brillo de resolución en sus ojos verdes del que el mismísimo Seiji Amundsen se habría sentido orgulloso, alzó la mirada hacia los rostros expectantes de sus hermanas.

-¿Qué pensáis que podemos hacer? -les preguntó.

Ni Stephanie ni Darien contestaron inmediatamente.

Habían decidido verse con Nora en la casa de Maggie, desde la que podían disfrutar de una maravillosa vista del lago Union porque el apartamento de Darien, que estaba cerca del hospital en el que estaba realizando sus prácticas era demasiado pequeño. Además, tenía una compañera de piso que trabajaba de noche. Ir hasta casa de Stephanie, situada en las proximidades de Snoqualmie les habría llevado demasiado tiempo.

-Te pedimos que vinieras de Nueva York y trajeras alguna idea genial porque no sabíamos que hacer -dijo Darien por fin-. Eso si descartas la idea de Steph...

Al parecer, Darien ya lo había hecho.

-¿Qué se te había ocurrido, Steph? -preguntó Nora con curiosidad.

Stephanie era una joven de veintitrés años, artista de éxito y mujer poco convencional que vivía con su novio en

una cabaña de madera y se preciaba de tener soluciones para cualquier situación. Desgraciadamente, para Nora, algunas de las soluciones que había aportado en el pasado habían sido absolutas locuras.

-Ese tipo está bastante bien ¿verdad? -fue la respuesta de Stephanie-. ¿Sabes, Nora? Con lo atractiva que eres y el aura de sofisticación que te da el ser modelo, estoy segura de que podrías arreglar las cosas directamente con él. Podrías buscar alguna forma de que te lo presentaran y pedirle con voz dulce que renunciara a sus planes... puedes explicarle que si no lo hace, la tía Maggie morirá, que esa mujer ha sido como una madre para ti...

Stephanie hablaba sin mirarla a los ojos, lo que le hizo sospechar inmediatamente a Nora.

-¿Y por que yo? -le preguntó-. ¿Qué te hace pensar que me escuchará? Cualquiera que se apellide Braet tiene que se como un veneno para él.

-Se sabe que prefiere a las mujeres occidentales... especialmente atractivas, como tú. Estoy segura de que te bastaría mover un dedo para que se acercara a ti. De esa forma también podría aliviar su orgullo herido y...

Nora se sonrojó violentamente.

-Lo que quieres decir es que debería acostarme con él, ¿verdad? -replicó indignada-. Ya sé que pensarás que estoy chapada a la antigua, pero no creo en el sexo fuera del matrimonio. Para tu información, todavía soy virgen.

-¿A los veinticinco años? -rió Stephanie-. Eso es un cuento.

-Pues sucede que es verdad.

-Stephanie, Nora... ¡Por favor! -intervino Darien-. Discutiendo no vamos a solucionar nada. Vamos a intentar pensar en otra cosa, seguro que se nos ocurre una idea mejor.

Desgraciadamente, a pesar de que estuvieron devanándose los sesos durante más de una hora, no fueron capaces de pensar en nada. Y Nora tenía que volar a Nueva

York al día siguiente para ayudar a preparar el pase de modelos de Evelyn Montoya, en el que tenía un papel estelar.

-Voy a volver al hospital -dijo con decisión, y se levantó-. Quiero pasar con tía Maggie todo el tiempo que pueda -miró a Darien-. Te llamaré esta noche.

Al entrar en la habitación del hospital y ver a su tía conectada a todo tipo de cables, se le rompió el corazón. Era insoportable ver a su adorada tía tan pálida y delgada.

La quimioterapia debía de estar provocándole vómitos, pues la enfermera le había dejado al alcance de la mano una palangana de plástico azul. Aquellos líquidos nocivos que circulaban por sus venas habían conferido a su piel un tono grisáceo que contrastaba con el blanco radiante de las sábanas.

-Ah, Nora -susurró Maggie con placer al abrir los ojos-. Has vuelto. Cuánto me alegro de verte, querida.

-Yo sí que me alegro de verte a ti -contestó Nora, sentándose en la cama a pesar de las normas del hospital y tomando la mano de su tía-. No quería venir hasta que no te encontraras mejor. La quimioterapia...

-Me va a sentar divinamente -le prometió Maggie con voz ronca-. Estaré de nuevo al mando de la familia antes de que puedas darte cuenta. Seguramente, después de todos estos años ya habrás podido darte cuenta de que no soy la clase de persona que se deja vencer por cuatro células cancerígenas.

Pero a pesar de la eficacia probada de la quimioterapia y del espíritu indomable y optimista de Maggie, Nora estaba terriblemente asustada. Si el cáncer no acababa con ella, sabía que lo haría el tener que renunciar a su principal razón para vivir. Por encima de cualquier otra cosa, Nora quería que su tía viviera y, si una conversación con Seiji

Amundsen podía servir para algo, ¿por qué no iba a tenerla?

Pasó con su tía todo el tiempo que pudo y al día siguiente llamó a Darien desde el aeropuerto.

-No tengo intención de prostituirme de la forma en que Stephanie sugirió ayer -le dijo a su hermana mayor-. Pero tenemos que hacer algo para no perder la compañía. Si no lo conseguimos, la tía Maggie morirá.

Con su silencio, Darien pareció mostrar su acuerdo.

-Según el artículo de *Worldview* -añadió Nora-, se supone que Seiji Amundsen estará en Nueva York la semana que viene para asistir a una importante reunión. Intentaré ponerme en contacto con él... y apelar al más elemental sentido de la decencia.

Nora estaba pensando en Seiji y en cómo conseguir que se lo presentaran mientras el avión despegaba a las seis y veinte de la mañana y comenzaba a ganar altitud entre un mar de nubes grises. Había muchas probabilidades de que se negara a verla, ¿pero qué ocurriría si se mostraba de acuerdo? No sabía muy bien cómo iba a aprovechar aquella oportunidad sin poner en juego su virtud.

Mientras tanto, en Kyoto eran las once y veinte de la noche. y el objeto de las especulaciones de Nora se encontraba relajándose después de un largo día de trabajo en una típica bañera japonesa, disfrutando de un baño de burbujas y una tacita de *sake* después de haber sido cuidadosamente enjabonado y cepillado por una de las empleadas de la casa. En cuanto la sirvienta había recogido sus artilugios y había abandonado la habitación, Seiji había tomado un ejemplar de una revista de moda americana que uno de sus ayudantes había obtenido para él.

En ella aparecían varias fotos a todo color de Nora Braet, unas fotos abrumadoramente estimulantes. En una de ellas la habían retratado con un traje de lino de dos piezas, una

minifalda que realzaba la sorprendente longitud de sus piernas y una chaqueta a juego con el primer botón desabrochado, revelando que debajo no llevaba ningún tipo de blusa o sujetador. La curva de uno de sus succulentos senos se había convertido en el objetivo de la cámara, haciendo que Seiji se olvidara tanto del rostro de la modelo como de la creación del diseñador.

La siguiente aparición de Nora, con un conjunto de color marfil tuvo un efecto similar en él. En aquella fotografía, el fotógrafo la había capturado en el momento en el que estaba quitándose la chaqueta para mostrar una ceñida blusa de encaje. Tampoco llevaba sujetador en aquella ocasión. Y aunque el dibujo de rosas y hojas había sido cuidadosamente colocado para cubrir sus pezones, todavía se adivinaban bajo el encaje.

Inmerso en su baño de espuma, Seiji pudo comprobar con sus propios ojos la rápida evolución de su deseo. Se preguntaba qué se sentiría al cubrir aquella piel cremosa de besos, al enredar los dedos en aquella melena castaña, al hundirse en el interior de aquella hermosa mujer. Dejó la revista a un lado y se imaginó a sí mismo haciendo el amor apasionadamente con Nora.

Apasionadamente sólo hasta cierto punto, por supuesto. En realidad aquello sólo formaría parte de su venganza por el trato que su abuela y su madre habían recibido de aquella familia. Sería una venganza gloriosa. Después de hacer el amor, la dejaría tendida, suplicándole más de lo mismo mientras él dedicaba todas sus energías a conseguir Braet & Company.

Pero la altivez de Nora mirando a la cámara, sus sugerentes pero de alguna manera inaccesibles poses, demostraban que no sería una conquista fácil. Y más aún después de que él hubiera hecho pública su intención de emprender una guerra para apoderarse de la cadena de grandes almacenes de la familia. Sería una conquista extremadamente difícil.

Cuando volvió a tomar la revista para echar un último vistazo a las fotografías de Nora, era casi medianoche. Salió de la bañera, se secó, se puso un kimono, llamó por teléfono a la oficina de Nueva York y pidió que concertaran una cita entre Nora y él.

-No me importa cómo, límitate a hacerlo -estalló cuando su interlocutor sugirió que iba a ser muy difícil.

Para entonces, Nora llevaba ya cuarenta minutos de vuelo y estaba pensando en cómo se las iba a arreglar para propiciar un encuentro con Seiji.

Tenía que admitir que le parecía extremadamente atractivo, incluso sexy, admitió con un estremecimiento. Pero era consciente de que tenía que ser objetiva si pensaba ganar esa batalla sin caer en el extremo que Stephanie había sugerido. En su inocencia, Nora era incapaz de imaginarse que Seiji ya estaba preparando una oportunidad para verse cara a cara con ella.